



ROMANCE QUINTO DE GUANAJUATO.

—
· Antes de esparcir el orden
Como el sol su claro brillo,
Del caos los elementos
Están en vaiven continuo;
Y así los cambios se operan,
La creacion así se hizo.
Sangre, desastres, horrores,
Preceden en torbellino
La resurreccion de un pueblo,
Su triunfo tras el martirio.
Y á los cuitados que espanta
De la nube el estallido,
Nada dice en la cosecha
De la tierra el beneficio
Ni recuerdan que inflexible

Tiene ordenado el destino
Que cada progreso nazca
Entre dolor y gemidos.

El populacho furioso
Que en Granaditas altivo
Prodigó heróico su sangre
Con inquebrantable brío,
Al fulgor de la victoria
Libres dejó sus instintos,
Y al fin, cual pueblo salvaje,
Fué su goce el exterminio;
Dió de rencores los frutos,
Porque era árbol de martirio!
Mata, incendia, roba, asuela
Entre feroces rugidos,
Al repicar las campanas,
De la bomba al estampido;
Y discurren por las calles
Desnudos, dando alaridos,
Con sus hachas en las manos
Y de humana sangre tintos,
Hombres mil, que de las furias
Fueron vergüenza y ludibrio.
En vano ardiente falange
Se opone de jefes dignos;
En vano la Santa Iglesia

Pide suplicante auxilio.
De Belem los padres fueron
Sus más crueles asesinos,
É hicieron grito de guerra
El Santo Nombre de Cristo.
¿Quién la catarata enfrena
Cuando trasborda el abismo?
¿Quién marca rumbo y concierto
De la tempestad al giro?

De Guanajuato en Palacio
A Hidalgo se mira digno,
Tratando de su Gobierno
Levantar el edificio.
Los próceres se le excusan
De formar el municipio:
Unos su rencor ocultan,
Otros temen al caudillo;
Éstos sólo hablan de guerra
Y de matar enemigos.
Brotan insignes patriotas
Dando á su causa prestigio,
Como *Chovel* esforzado,
De la ciencia tan querido;
Como el prócer opulento
Llamado *Bernardo Chico*,
Que ofreció con su fortuna
Su porvenir y sus hijos;

Como los *bravos Liceagas*
 De la historia orgullo y brillo;
 Como *Dávalos*, que aduna
 Lo patriota y lo científico;
 Como *Sunner*, que era encanto
 Por lo galano y lo activo,
 Con otros mil que me callo
 De miedo de ser prolijo.
 Otórganse recompensas,
 Nuevos cuerpos véense listos,
 Y se acuñaron monedas,
 Pero sin cambiar el tipo.

La voz de Riaño espirante
 Que á Calleja pide auxilio,
 Llega á San Luis, del desastre
 Con sus pormenores mismos.
 Ruge terrible Calleja,
 Lo propio que tigre herido,
 Y se aturden y se espantan
 Sus adláteres y esbirros,
 Como cuando una corriente
 Invade ignorado sitio,
 De alimañas asquerosas
 Despedazando los nidos.

ROMANCE DE CALLEJA.

En la hacienda de la Pila,
 Que es de Potosí la perla
 Por su edificio opulento,
 Por sus valiosas riquezas,
 Están las tropas feroces
 Del gran brigadier Calleja,
 Con las armas poderosas
 Que de Monterey le llegan,
 Con sus horrendos cañones
 Que mirarlos amedrenta,
 Con sus terribles ginetes
 Que á la tempestad remedan,
 Y en fin, con los *Tamarindos*,
 Horrible grupo de fieras,
 Que por donde van pasando
 Muerte, horror y sangre riegan.
 Bajo un dosel escarlata

Que oro tiene por cenefa,
 Y que erguido se levanta
 En el patio de la hacienda,
 Está el augusto retrato
 De Su Majestad excelsa
 Fernando Sétimo, encanto
 Y adoracion de Calleja.
 Él está en pié, y descubierto,
 Como su fiel centinela;
 Bajo el retrato está un fraile,
 Y un Cristo se ve en su diestra.
 El ejército desfila
 Frente de él con reverencia,
 Y se inclinan á su frente
 Las españolas banderas.
 Suenan cajas y clarines,
 La voz del fraile resuena:
 “¿Jurais al Rey nuestro padre,
 Amo y Señor, obediencia?”
 Y Calleja dijo: “Juro;”
 Con insultante soberbia
 “Vamos á matar herejes,
 “Que así lo manda la Iglesia,”
 Claman todos, presumiendo
 Que ganan la gloria eterna;
 Y el jurar de los soldados
 Fué como rugir de hienas.

Amenazantes las tropas,
 Pronto de San Luis se alejan,
 Y rumbo de Guanajuato
 Su odio y sus venganzas llevan.

ROMANCE DE VALLADOLID.

Riega tus calles de flores,
Risueño Valladolid,
Que la libertad divina
Radiante está en el zenit,
Y sus primeros albores
Debieron brillar en tí.
Las legiones vencedoras
De Guanajuato en la lid,
A cortejarte se acercan
Y admirar tus gracias mil.
Tejan tus hijos coronas
De laurel y de alhelí,
Y tus músicas resuenen
Como en alegre festin.
Gérmenes de independencía
Tambien sembráronse aquí,
Que hechos flores, sus corolas
Aquí se deben abrir.
Déense al vuelo tus campanas

Y diana toque el clarin,
 Que va entrando el Cura Hidalgo
 Alegre y sin combatir.
 Los sesudos concejales
 De uniforme y espadin,
 Con sumiso acatamiento
 Saliéronle á recibir.
 Hidalgo va entre los suyos,
 Sin pompa vana y pueril;
 No se le mira en la diestra
 Ancho alfanje relucir;
 Viste de negro y al uso,
 De negro raso el chupin.
 Allende lo sigue airoso,
 Y tiene orgullo en lucir
 El arrogante uniforme
 Con que venció á los del Cid.
 Aldama y Balleza siguen,
 Y entre multitud sin fin
 Cuerpos de ordenada tropa
 Llevando al hombro el fusil,
 Con cuatro gruesos cañones,
 Que eran más para reir,
 Porque siendo de madera
 Su vida estaba en un tris.
 Dos piezas iban de bronce,
 Muy buenas para la lid,
 Y en todos el entusiasmo

De vencer ó de morir.
 Hidalgo pára en la iglesia;
 Pero nadie sale á abrir,
 Porque á toda costa quieren
 Que Dios sea gachupin
 En ira se enciende Hidalgo
 Viendo proceder tan vil,
 Y *al Conde de Sierra Gorda*,
 De la iglesia mandarin,
 Con enojado semblante
 Y cruda voz, habló así:
 “ ¡Cuidad, cuidad, oh mal padre!
 “ De hacer vuestro manequí
 “ Del Dios Santo, que á los pueblos
 “ Quiso augusto redimir.
 “ No pongais red en los pasos
 “ De vuestro humilde redil,
 “ Porque yo soy su ministro
 “ Y no lo he de consentir.
 “ No forja Dios las cadenas,
 “ Ni de Dios es el tomin
 “ Con que cebais de los reyes,
 “ Del virey y el ministril
 “ Las pasiones enconosas;
 “ Y ni la codicia vil
 “ Dios quiere para los hombres.
 “ Paz y amor, y le servir
 “ Es ser ante todo justos,

“Amparando al infeliz
 “Paso á los libres, mal padre,
 “Las puertas del templo abrid;
 “Veréis cómo los patriotas
 “Lo sabemos bendecir”. . . .

El Conde escuchó la arenga,
 Y fué á disponer servil
 Quitar las excomuniones
 Que el Cabildo fijó allí
 Declarando hereje á Hidalgo
 Y á su chusma baladí;
 Y el cielo estuvo insurgente,
 E insurgente el serafin,
 Y con él medio Cabildo,
 Y el otro medio, servil
 Preparaba cruda guerra,
 Y escándalo y sanquintin
 De curas y sacristanes,
 Entre el Cristo y el atril.
 Entretanto, fijo Hidalgo
 En lo que mira venir,
 Quiere dejar un Gobierno
 Formal en Valladolid,
 Y logra al noble Anzorena
 De su poder investir,
 Y por la eleccion que hiciera
 Recibe plácemes mil.

ROMANCE DE MORELOS.

Al que gobierna la Mitra
 Hablar quiere un triste cura,
 Mientras Hidalgo los pueblos
 De Valladolid ocupa
 Érase un hombre robusto,
 Mas de vulgar catadura:
 Ancha espalda, corto cuello,
 Andar manso, facha inculta.
 Es levantada su frente
 Que negro cabello inunda;
 Su color, un tanto oscuro,
 Ancha la barba y canuda,
 Ojo negro y concentrado,
 Pero luz clara y profunda,
 Y voz que parece suena
 De miedo de quedar muda.

“¿Quién sois?” le pregunta el Conde
 Con indiferencia al Cura:
 “Yo soy el Cura Morelos,”
 Le contesta á la pregunta.
 “¿Qué quereis?”—“Licencia pido
 “De partir de Hidalgo en busca,
 “Y su capellan hacerme
 “Uniéndome á su fortuna.”
 Quiere el Conde disuadirlo,
 Y él renovaba la súplica:
 Insta, persuade, y temiendo
 Peligros en su repulsa,
 Deja elegir á Morelos
 Con libertad absoluta.
 Morelos corre hácia Hidalgo,
 Y algo iluminó á los curas,
 Que el presente y el futuro
 En sus ojos se saludan,
 Y un horizonte de gloria
 Ambos viéndose columbran
 —“Estoy á vuestro mandato.”
 Hidalgo toma la pluma,
 Y despues que aquella firma
 Conspicua y gruesa dibuja,
 Dice: “Tomad Acapulco
 “Y entrad confiado en la lucha.”
 Sereno acepta y confiado
 De Carácuaro el buen Cura,

Llevando por todo auxilio
 Para una empresa tan cruda,
 Cuatro carabinas viejas
 Y dos criados en sus mulas.
